

LOS ANIMALES EN LA LITERATURA ESPAÑOLA. UNA APROXIMACIÓN A LOS SIGLOS XII AL XVII

Excmo. Sr. D. Antonio Marín Garrido ⁽¹⁾

A modo de prólogo

Con frecuencia se encuentran en la literatura española de diferentes épocas citas, relatos o comentarios referidos a las más variadas especies animales.

En unos casos se trata de seres reales, en otros simples enlaces argumentales y, en la mayoría de las ocasiones, sólo son el producto resultante de las recreaciones del autor.

Conmemoramos en este año el 400 Aniversario de la publicación de «El Quijote» y dado que en la obra de D. Miguel de Cervantes adquieren un especial protagonismo figuras como las de «**Rocinante**», junto a otras menos notables, el «**rucio**» de Sancho, **leones**, **ovejas**, **murciélagos**, el **mono adivino** y un largo etc. para las que, cuando menos, hay un recuerdo en la obra; es por lo que hemos creído que en unos Anales, que son el fruto expresivo de esta Corporación Veterinaria, a modo de pequeño homenaje y con escasas pretensiones, podían tener cabida unas páginas, con referencias a citas y episodios de algunas de las más importantes producciones literarias en las que, de alguna manera, los protagonistas de lo acontecido coinciden con seres de los llamados irracionales -reales o imaginarios-. a los que nos encontramos tan íntimamente vinculados.

Del resultado obtenido me asaltan dudas razonables, pero me gustaría pensar en este caso, con D. Alonso Quijano, que «más vale buena esperanza que ruin posesión».

¹ *Presidente de la Real Academia de Ciencias Veterinarias de Andalucía Oriental.*

Introducción

Posiblemente de toda la prosa española sea la épica caballeresca aquella en la que el mundo animal adquiere con frecuencia un mayor protagonismo.

Caballeros andantes, empeñados en la búsqueda de gigantes con los que batirse para arrebatarles desvalidas doncellas, adversarios con los que luchar para restituir injusticias y un sinfín de situaciones fantásticas, son causa principal de que, también los animales, giren en el entorno de lo mágico o bajo el signo de lo fantástico.

Será fácil encontrarnos en unos casos con el **caballo** -*El Cantar del mío Cid* y *El Quijote*- en otros **el león** -*El Cantar del mío Cid*, *Amadís de Gaula* y *el Quijote*- o **las sierpes** -*Sergas de Esplandián* y *Palmerín de Olivia*- y otros muchos, actores habituales en la prosa caballeresca.

Referencias a las **aves** son frecuentes en la poesía -*Soledades* y *El pájaro ciego*- o versos dedicados al **gato** -*La Gatomaquia*- ejemplo de la épica burlesca, o la elegía al **toro** -*Fiesta de toros en Madrid*-, y a los **perros** -*El Coloquio de los perros*, *Elegía a la muerte de un perro* y *La familia de Pascual Duarte*- e incluso a los **lagartos** -*El lagarto está llorando*-, con un recuerdo especial para el **pavo** -*Memorias de un pavo*- y, para concluir este interminable recorrido por la fauna, algunas **greguerías** inolvidables.

Una revisión profunda de la literatura española, en la que el mundo animal está presente de forma destacada, daría a este capítulo una dimensión que no se correspondería con nuestra intención. Por ello hemos seleccionado, dentro del período comprendido entre los siglos XII al XVII, algunos fragmentos de aquellos textos que pueden catalogarse como referentes obligados del género, procurando acompañarlos en la mayoría de las ocasiones con breves comentarios que, a modo de *entradillas*, sitúen la escena que se describe.

La nobleza

En *El Cantar del Mio Cid*, único Cantar de gesta que se conserva, donde se narran las aventuras del injusto destierro de **D. Rodrigo Díaz de Vivar** -que merced a sus virtudes de guerrero y caudillo y tras la conquista de Valencia, logra recuperar el honor y la conciliación con su Monarca-, son numerosísimas las citas referidas a los animales que, como un extracto realista de su época, sirven para poner de manifiesto la íntima dependencia entre lo humano y lo animal. Posiblemente estas relaciones fueran utilizadas por **Per Abbat** para contar de forma inteligible algunas de las hazañas de **D. Rodrigo**.

De entre ellos *el caballo* ocupa un lugar dominante. Así cuando el Rey Alfonso VI ordena al Cid su destierro de Castilla, este escoge para acompañarle en su deshonor :

**«Convusco despenderemos las mulas
e los caballos e los averes e los paños»**

Más La primera cita de *Babieca*, en el Cantar, se produce durante el relato de los preparativos para el recibimiento de D^a Jimena y sus hijas en Valencia a donde llegan acompañadas por algunos de sus leales vasallos, bajo el mando del valeroso Minaya Alvar Fañez.

El Cid ordena a sus servidores que guarden el alcázar y las torres altas, las puertas y todas las entradas y salidas de la ciudad, y que le apresten a *Babieca*, que había ganado poco tiempo antes tras derrotar al Rey de Sevilla.

Aún no lo había probado, ni sabe si será corredor y dócil de freno, pero quería a las puertas de Valencia, donde estaba seguro, jugar las armas delante de su mujer y sus hijas.

Pere Abat lo cuenta así:

**«...ensiellanle a Bavieca, coverturas
le echavan mio Cid salió sobr'el, e armas
de fuste tomava. Por nombre el caballo
Babieca cabalga, Fizo una corrida, ésta
fo tan estraña, Cuando ovo corrido,
todos se maravillavan; Dés día se preçió
Babieca en quant grant fo España..» (*)**

Ensillanle a Babieca y le ponen todos los arrieros. Monta el Cid y sale armado con armas de pelo. Ya cabalga en el nombrado Babieca, y da una carrera tan veloz que a todos deja maravillados: desde ese instante Babieca fue famoso en toda España (**)

Será con ocasión de la invasión de Yusuf y durante su intento de conquistar Valencia, cuando de nuevo aparece la figura de **Babieca**:

**«...Salidos son todos armados por las torres
de Quarto, Mio Cid a los sos vasallos tan bien
los acordando. Dexan las puertas omnes de
grant cecabdo, Dio salto mio Cid en Babieca
el so caballo; De todas guarnizones muy bien
es adobado...»**

Ya por las torres de Quarto, y el Cid previniendo y aleccionando bien a su gente. A las puertas de la ciudad deja algunos hombres de confianza. El Cid salta sobre su caballo Babieca, que está provisto de toda guarnición.

Para continuar seguidamente:

**«..Al rey Yúçef tres golpes le ovo dados,
saliós de so l'espada, camucho l'ándido
el caballo, metios'le en Gujera, un castiello
palaçiano; mio Cid el de Bivar fasta allí
llegó en alcanço, con otros quel'consiguen
de sos buenos vasallos. Desd'allí se tornó
el que en buen ora nasco, Mucho era alegre
de lo que an caçado; Allí preçió a Babieca
dela cabeça fasta a cabo...»**

Tres golpes le asesta al Rey Yúsuf, el cual se le escapa de la espada a toda rienda y se le oculta en el castillo de Cullera. Hasta allá le sigue al alcance el Cid de Vivar, con algunos buenos vasallos que le acompañan. De allá se volvió el bienhadado, muy complacido de la captura. Entonces supo lo que valía Babieca de la cabeza al rabo...

(*) *El Cantar del Mio Cid. (Texto antiguo de Ramón Menéndez Pidal).*

(**) *El Cantar del Mio Cid. (Prosificación moderna de Alfonso Reyes).*

Como consecuencia del reparto del consiguiente botín, tras la derrota del Moro, son citadas varias especies animales, algunas incluso con un marcado carácter exótico:

**«Cadiéronle en quinta al Çid seys çientos caballos
e otras acémilas e camellos largos»**

así pues los caballos, a centenares, son regalados por el Cid al Rey, para ganarse de nuevo su favor, pero **Babieca**, adornado con las cualidades máspreciadas para la batalla -calidad, velocidad y frenada- nunca formará parte de estos obsequios.

Es cierto que existen serias discrepancias respecto de su origen puesto que si bien del **Cantar** parece deducirse como sevillano, y procedencia árabe -**corre más que el viento y salta más que un venado**-, la afirmación de **caballo grueso y corredor** podría corresponderse fácilmente con el caballo español -**andar airoso y brioso empuje**-, e incluso para otros sería un **asturcón**, procedente de **Babia**; pero posiblemente su verdadero origen se derive de la conjunción de dos sangres de cuya mezcla salen productos con esas características, de modo que Babieca podría ser un **hispano-árabe**.

De nuevo Valencia va a ser atacada. Es ahora el rey Búcar quien envía un emisario al Cid instándole a que se retire y se marche en paz o, en otro caso, le hará pagar cuanto le ha hecho. El Cid le contesta que antes de tres días le dará cuanto le pide.

Al día siguiente el Cid les presenta batalla. El obispo Don Jerónimo que le acompaña le solicita ser el primero en el ataque para probar unas «armas de emblema». El Cid accede a sus deseos aunque manteniéndose en actitud vigilante. El Obispo lancea a dos moros y con la espada a otros cinco más, pero es rodeado por un grupo numeroso que le tiran furibundos tajos. El Cid acude presto en su ayuda:

**«... embraço el ecudo e abaxó el asta,
aguijó a Babieca, el caballo que bien
anda, hivalos ferir de coraçón e de alma...»**

...embraza el escudo, enristra la lanza, espolea a Babieca, su excelente caballo, y se arroja denodadamente sobre sus enemigos...

El Cid inicia la persecución del Rey moro:

«... Buen caballo tiene Búcar e grandes saltos faz,mas Babieca el de mio Cid alcançandolo va...»

...buen caballo tiene el rey Búcar, y va saltando con ligereza; pero ya Babieca, el del Cid le va dando alcance...

Mas adelante, después de saldada la afrenta que los Carrión le infieren en la figura de sus hijas, y una vez solicitadas para casarse por los infantes de Aragón y Navarra, el Cid se despide del Rey.

Este le acompaña en su salida de la ciudad y cuando llega a Zocodover le dice:

«Don Rodrigo, fe que devedes que arremetedes agora ese caballo que tanto bien vi decir. El Cid tomose a sonreir, e dixo: Señor aquí en vuestra Corte a muchos altos omnes e guisados para fazer esto, e a esos mandat que trebejen con sus caballos. El Rey le dijo: Cid págome yo de lo que vos dezides; mas quiero todavía que corrades ese caballo por mi amor. El Cid remetió enonçes el caballo, e tan de rezio lo Corrió, que todos se maravillaron del corre que fizo».

D. Rodrigo , me gustaría ver que arrancais ese caballo, del que tanto he oído hablar. El Cid, sonriendo, le contesta: Señor: aquí en vuestra corte hay muchos altos varones capaces de hacerlo; mandadles a ellos que corran un poco sus caballos. Y díjole el Rey: Cid eso es verdad; pero, con todo, quiero que me hagáis el favor de correr vuestro caballo. El Cid entonces picó espuelas, y dio tal arrancada, que todos se maravillaron de su carrera.

Dos años después de la muerte del Cid, Babieca sería enterrado junto a él en Cardeña.

Pasando el tiempo, otro caballo, **Rocinante**, engrosará de modo brillante la presencia y participación de los equinos en las letras españolas.

En **El Quijote** aparece, en forma de soneto, un supuesto diálogo entre **Babieca** y **Rocinante** que hemos querido recoger para que nos sirva de enlace entre ambos.

Dice así:

B- ¿ Como estas, Rocinante, tan delgado?

- R- Porque nunca se come, y se trabaja.
B- Pues ¿qué es de la cebada y de la paja?
R- No me deja mi amo ni un bocado.
B- Andá, señor, que estáis muy mal criado,
pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.
R- Asno se es de la cuna a la mortaja.
¿Quereislo ver? Miraldo enamorado.
B- ¿Es necesidad amar?
R- No es gran prudencia.
B- Metafísico estáis.
R- Es que no como.
B- Quejaos del escudero.
R- No es bastante.
¿Como me he de quejar en mi dolencia,
si el amo y el escudero o mayordomo
son tan rocines como Rocinante?

Cuenta D. Miguel de Cervantes como, una vez obtenida armadura y armas, que habían sido de sus bisabuelos y que durante largos años habían estado olvidadas en un rincón, Don Quijote encamina sus desvelos hacia el caballo.

«... fue luego a ver a su rocín, y aunque tenía mas cuartos que un real y mas tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar que nombre le pondría; porque (según se decía el a si mesmo) no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y ansí, procuraba acomodársele de manera, que declarase quien había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase el también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar *Rocinante*, nombre, a su parecer alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo».

Esta descripción se completa con la que figura en el episodio:

« Donde se concluyen y dan fin a la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron»,

en el que puede leerse:

«...estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan hético confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuanta advertencia y propiedad se le había puesto el nombre...»

De nuevo Rocinante aparece como actor de «reparto». En esta ocasión será en una situación jocosa que se describe en

« De la jamás vista ni oída aventura que con mas peligro fue acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabo el valeroso Don Quijote de la Mancha»,

en la que por consejo de Sancho, don Quijote encamina los pasos de su caballo hacia el lugar en el que, por el ruido del agua, tanto ellos como sus cabalgaduras podrán saciar la sed.

La presencia de golpes cadenciosos, así como cierto crujir de hierros y cadenas, el ruido de los árboles cercanos, al tiempo que la oscuridad y soledad del lugar, son motivos suficientes para infundir terror. Don Quijote, dando una vez más muestra de su intrepidez, decide averiguar de que se trata. Ordena a Sancho que apriete las cinchas a Rocinante. El precavido escudero le ruega que abandone la idea y ante la imposibilidad de conseguirlo utiliza la siguiente argucia:

«...Viendo pues Sancho la última resolución de su amo, y cuan poco valían con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el día, si pudiese; y así, cuando apretaba las cincha del caballo, bonitamente y sin ser sentido, ató con el cabestro de su asno ambos pies a Rocinante, de manera que cuando Don Quijote quiso partir, no pudo, porque su caballo no se podía mover sino a saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste dijo: Ea, señor, que el Cielo, conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos queréis porfiar, y espolear, y dalle, será enojar a la Fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijón.

Desesperabase con esto Don Quijote y, por mas que ponía las piernas al caballo, menos le podía mover; sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar, o a que amaneciese, o a que Rocinante se menease, creyendo, sin duda, que aquello venía de otra parte que de la industria de Sancho; y así, le dijo:

Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar a que ría el alba, aunque yo llore lo que ella tarde en venir.

No hay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré a vuestra merced contando cuentos...»

Extraído del episodio 52

«De la pendencia que don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los deceplinantes, a quien dio felice fin a costa de sudor»,

y por su belleza, destacamos el soneto con estrambote titulado:

«Del caprichoso, discretísimo académico De la Argamasilla, en loor de Rocinante, caballo de Don Quijote de la Mancha»

En el soberbio trono diamantino
Que con sangrientas plantas huella Marte,
Frenético el Manchego su estandarte
Tremola con esfuerzo peregrino.
Cuelga las armas y el acero fino
Con que destroza, asuela, raja y parte:
¡ Nuevas proeza !, pero inventa el arte
un nuevo estilo al nuevo paladino.
Y si de su Amadis se precia Gaula,
Por cuyos bravos descendientes Grecia
Triunfó mil veces y su fama ensancha,
Hoy a Quijote le corona Aula
Do Belone preside, y del que se precia
Mas que Grecia ni Gaula, la alta Mancha
Nunca sus glorias el olvido mancha,
Pues hasta Rocinante, en ser gallardo
Excede a Brilladoro y a Bayardo

La fuerza

Es precisamente en el *Amadís de Gaula*, obra escrita por **Garci Rodríguez de Montalvo**, aunque en otras ediciones del libro se le designa como **Ordóñez**, -que puede ser catalogada, no sólo como **fundadora de la épica caballeresca**, sino incluso su mejor expresión-, donde los animales aparecen cumpliendo una tarea de protección del héroe, cualidad esta que ha constituido desde siempre una seña de identidad del género, caracterizado además por ser vehículo de la fantasía propia de la mentalidad medieval, que *El Quijote* cerrará de forma implacable.

Sin embargo es razonable recordar lo que del *Amadís*, en boca de D. Alonso, opinaba Cervantes:

«- Quiero, Sancho que sepas que el famoso Amadís de Gaula fue uno de los más perfectos caballeros andantes. No he dicho bien fue uno: fue el sólo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo»

(*Don Quijote*, I, cap. XXV)

En la obra se relatan, entre otros, unos sucesos acontecidos a *Esplandián*, el hijo secreto de **Amadís y Oriana** quien, perdido accidentalmente en el bosque, por la doncella que lo tenía a su cargo, es adoptado en principio por una **leona**, para ser recogido posteriormente por un **ermitaño** y cuyo brillante futuro, anunciado por **Urganda**, se debe a las virtudes recibidas por el amamantamiento sucesivo de sus tres nodrizas: **leona, oveja y mujer**.

Por participar en la trama varios animales hemos seleccionado en este caso un fragmento del capítulo LXXI de la citada obra, si bien antes de transcribirlo creemos conveniente recordar como *Esplandián* es perdido por la doncella encargada de su custodia durante el traslado del recién nacido hacia un convento en el que mantenerlo oculto al Rey Lisuarte, padre de Oriana y enemigo de *Amadís*. Durante un descanso en el camino, el niño es recostado bajo un árbol. La presencia repentina de una leona les hace huir dejando al pequeño abandonado. Cuando pasa el peligro y regresan al lugar de acampada el niño ha desaparecido.

La leona ha recogido a Esplandián y llevado a su guarida. En el camino se encuentra a Nasciano, que así se llama el ermitaño, quien le ordena amamantar al niño; después lo hará con la leche de una oveja y en último lugar entregándolo a una ama de cría.

Años más tarde Nasciano solicita ver al niño y una vez en su presencia lo toma en brazos. Esplandián se abraza a él y el anciano emocionado decide encargarse de su crianza y educación junto con su sobrino, algo mayor, que con él convive.

Decide bautizar al niño y al descubrirlo de sus ropas encuentra en el pecho unas letras blancas y otras rojas. En las blancas puede leer «Esplandián»; las rojas no las puede descifrar.

Un día el niño, cansado de jugar, se tiende sobre la hierba y allí se duerme. Al poco tiempo se acerca una leona, que frecuentemente merodeaba por aquellos lugares, olfatea al pequeño y acaba recostándose junto a él. Sacil, que así se llamaba el sobrino de Nasciano, acude en busca del ermitaño quien toma al niño en brazos. Esplandián se despierta y pregunta al anciano de quien es aquel perro grande y si puede ser suyo. El anciano le entrega una pierna de gamo que unos cazadores le han regalado y Esplandián, mientras se lo da a la leona para comer, juega con ella tocándole las orejas y la boca. Esta relación continuará hasta a un convertirse en una compañera inseparable y colaboradora eficaz en sus cacerías.

El relato escogido está incluido en el capítulo citado que lleva por título:

«Como el rey Lisuarte salió a caza, acompañado bien de caballeros, y fue a la montaña donde tenía la hermita aquel santo hombre Nasciano, donde halló un muy apuesto donzel con una extraña aventura, el cual era hijo de Oriana y Amadis, y fue por él bien tratado sin conocerle»

allí se describe como,

... «Por dar descanso el rey Lisuarte a su persona y plazer a sus caballeros acordó de se ir a caza a la floresta y llevar consigo a la reina y sus hijas, y a todas sus dueñas y doncellas, y mandó que las tiendas le asentasen a la Fuente de las Siete Hayas, que era un lugar muy sabroso. Y saber que esta era la floresta donde el ermitaño Nasciano morava, donde criava y tenía consigo a Esplandián.

Pues allí llegó el rey y la reina con su compañía, quedando la reina en las tiendas, el rey se metió con sus caçadores en lo mas espeso del monte, y como la tierra guardada era, fizieron gran caça. Y así acaeció que estando el rey en su armada, vió salir un ciervo muy cansado, y pensándolo matar, corrió tras él con su caballo fasta entrar en el valle; y allí acaeció una cosa estraña, que vió descender por la cuesta dela otra parte un doncel de fasta cinco o seis años, el más fermoso que el nunca vio, y traía una leona en su trailla: y como vio el ciervo, echogela dando bozes que le tomasse. La leona fue cuanto más pudo, y alcançandolo, derribolo en el suelo y començo a beberle la sangre. Y llegó el doncel muy alegre, y luego otro moço poco mayor que venia tras él, y llegaron al ciervo haciendo gran alegría, y sacando sus cuchillos, cortaron por donde la leona comiese. El rey estovo entre unas matas maravillado de aquello que veía, y el caballo se le espantava de la leona, y no podia llegar a ellos; y el fermoso doncel toco una bozina pequeña que traía a su cuello y vinieron corriendo dos sabuesos, el uno amarillo y el otro negro, y encarnaronlos en el ciervo. Y cuando la leona uvo comido, pusieronla en la trailla, y el doncel mayor ibase con ella por la montaña, y el otro tras él. Mas el Rey que ya a pie estava y avia atado el caballo a un árbol, salió contra ellos y llamó al fermoso donzel, que mas çaguero iva, que le atendiese. El doncel estuvo quedo, y el rey llegó y violo tan hermoso, que mucho fue maravillado, y dixole:

-Buen doncel, que Dios os bendiga y guarde a su servicio, decidme donde os criasteis y cuyo fijo sois.

Y el doncel le respondió y le dixo:

-Señor, el santo hombre Asciano, hermitaño, me crió, y a él tengo por padre.

El Rey estuvo una gran pieça cuidando como hombre tan santo y tan viejo tenia fijo tan pequeño y tan fermoso, pero a la fin no lo creyó. Y el doncel quisose ir, mas el Rey le preguntó a que parte era la casa del hermitaño.

-Acá suso -dixo él- es la casa que moramos.

Y mostrándole un pequeño sendero, no muy follado, le dixo:

-Por allí iréis allá, y a Dios seáis, que me quiero ir tras aquel moço, que la leona lieva a una fuente donde tenemos nuestra casa.

Y así lo hizo. El Rey torno a su caballo y cabalgando en él se fue por el sendero y no anduvo mucho que vio la ermita metida entre unas hayas y çarçales muy espesos. Y llegándose a ella, no vio persona alguna a quien preguntase: y apeose del caballo, y atándole debaxo de un portal, entró enb la casa y vio un hombre fincado de inojos rezando por un libro, vestido de paños de orden y la cabeça toda blanca, y hizo su oración. El buen hombre, acabado de leer el libro, vinose al Rey, que se le fincó de rodillas delante, rogándole le diese la bendición. El hombre bueno gela dio, preguntandole que demandava. El Rey le dixo:

Buen amigo, yo fallé en esta montaña un doncel muy fermoso caçando con una leona, y dixome que era vuesto criado. Y porque me pareció muy estraño en su fermosura y apostura, y en traer aquella leona, vengo a os rogar que me diagais su fazienda, que yo os prometo como Rey que dello no verná a vos ni a él daño ninguno»...

El hombre bueno le contó allí como,

... «saliendo de su hermita, viera como traia una leona brava aquel doncel en la boca envuelto en ricos paños para gobierno de sus fijos, y como por la gracia de Dios gelo pusiera a sus pies, y como le diera de su leche, así ella como una oveja que él tenia parida, hasta que lo dio a criar a un ama»...

Cuando Oriana y Malibia y la Doncella de Denamarcha esto oyeron,

... «mirávanse unas a otras, y las carnes les temblaban de plazer conociendo verdaderamente ser aquel niño fijo de Amadis y de Oriana, el cual la Doncella de Denamarcha perdiera como ya oiste».

Mas adelante se cita en el texto la existencia de una carta que **Urganda la Desconocida** había dirigido al Rey y en la que decía, entre otras cosas, refiriéndose al joven, lo siguiente:

... «El es de alto linaje, y sabed Rey, que de la leche de la su primera ama será tan fuerte, tan bravo de coraçón, que a todos los valientes de su tiempo porná en sus fechos de armas gran escuridad. Y de la segunda ama será mando, mesurado, humildoso y de muy buen talante, y sofrido mas que ningun otro hombre en el

mundo aya. Y de la crianza de su tercera ama será en gran manera sesudo y de gran entendimiento, muy católico, y de buenas palabras...»

... «y aún mas te digo, buen rey, que este doncel será ocasión de poner entre ti y Amadís y su linaje paz que dure en tus días, lo cual a otro ninguno es otorgado».

Todos quedaron maravillados de la extraña fortuna de aquel doncel, Oriana suspiró por su hijo desaparecido y Galaor dijo:

-Señor, yo no dudo que será verdad, como muchas otras cosas que ella ha dicho. La venida de este doncel me placía a mí más que a nadie, porque sería causa de cumplirse lo que más deseo, y es ver en vuestro amor y servicio a mi hermano Amadís con todo su linaje, como en otro tiempo.

También utilizará Cervantes al *león* como actor en *El Quijote*, aunque en este caso sólo con un discreto papel pasivo. Así en el capítulo 17 de la segunda parte

«De donde se declara el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de Don Quijote, con la felicemente acabada aventura de los leones»

Cervantes narra como estando Sancho comprando unos requesones, Don Quijote le solicita el yelmo al entender que un caballero no puede encontrarse descuidado ante una posible aventura. Ante la premura, y teniéndolos ya pagados, Sancho adopta la solución de echarlos en la celada.

El del Verde Gabán, otea el horizonte y no descubre otra cosa que un carro que viene hacia ellos y que a juzgar por sus señas parece desprenderse que puede portar dinero. Así se lo transmite al Hidalgo, pero este como siempre pensando en aventuras le responde:

... «Hombre apercebido, medio combatido: no se pierde nada en que yo me aperciba; que sé por experiencia que tengo enemigos visibles e invisibles, y no sé cuándo, ni adónde, ni en qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer».

Y volviéndose a Sancho pide su celada, sin darle tiempo para sacar los requesones, con lo que al calársela Don Quijote comenzó a correrle el suero por la cara y barba y ante tan inesperada sorpresa le dice a Sancho:

... «Qué será esto, Sancho, que parece que se me ablanda los cascós, o se me derriten los sesos, o que sudo de los pies a la cabeza? Y si es que sudo, en verdad que no es de miedo; sin duda creo que es terrible la aventura que agora quiere sucederme. Dame, si tienes, con que me limpie; que el copioso sudor me ciega los ojos».

Una vez limpia la cara, con el paño que le había facilitado Sancho, y al quitarse la celada pudo comprobar como algo parecido a unas gachas blancas le manchaban la cabeza. Oliéndolas y dirigiéndose a Sancho le dijo:

... «Por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me has puesto, traidor, bergante y malmirado escudero».

Sancho, ante la situación que había propiciado, inventó que la autoría de la felonía debían ser o/el diablo o algunos encantadores que les perseguían afirmando que, de haber sido él, antes se los habría comido.

-Todo puede ser; dijo don Quijote.

Después de haberse limpiado él y la celada se la encajó, afirmado en los estribos, le requirió la espada y asió la lanza diciendo:

-Ahora, venga lo que viniere; que aquí estoy con ánimo de tomarme con el mesmo Satanás en persona.

Llegó en esto el carro de las banderas, en el cual no venía otra gente que el carretero, las mulas y un hombre sentado en la delantera. Púsose don Quijote delante, y dijo:

... «Adónde vais, hermanos? ¿Qué carro es éste, qué lleváis en él y qué banderas son aquéstras?

A lo que respondió el carretero:

-El carro es mío; lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el general de Orán envía a la corte, presentados a su Majestad; las banderas son del rey nuestro señor, en señal que aquí va cosa suya.

-Y ¿son grandes los leones? -preguntó don Quijote.

-Tan grandes -respondió el hombre que iba a la puerta del carro-, que no han

pasado mayores, ni tan grandes, de Africa a España jamás; y yo soy el leonero, y he pasado otros; pero como éstos, ninguno. Son hembra y macho: el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de atrás, y ahora van hambrientos porque no han comido hoy; y así, vuesa merced se desvíe; que es menester llegar presto donde les demos de comer.

A lo que dijo don Quijote, sonriéndose un poco:

-Leoncitos a mí? ¿A mí leoncitos, y a tales horas? Pues ¡por Dios que han de ver esos señores que acá los envían si soy yo hombre que se espanta de leones! Apeaos, buen hombre, y pues sois el leonero, abrid esas jaulas y echadme esas bestias fuera; que en mitad desta campaña les daré a conocer quién es don Quijote de la Mancha, a despecho y pesar de los encantadores que a mí los envían.

-¡Ta! ¡Ta! -dijo a esta sazón entre sí el Hidalgo-. Dado ha señal de quién es nuestro buen caballero: los requesones, sin duda, le han ablandado los cascos y madurado los sesos.

Llegóse en esto a él Sancho, y díjole:

-Señor, por quien Dios es, que vuestra merced haga de manera que mi señor don Quijote no se tome con estos leones; que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos a todos.

-Pues ¿tan loco es vuestro amo -respondió el hidalgo-, que teméis, y creéis, que se ha de tomar con tan fieros animales?

-No es loco -respondió Sancho-, sino atrevido.

-Yo haré que no lo sea -replicó el hidalgo.

Y llegándose a don Quijote, que estaba dando prisa al leonero que abriese las jaulas, le dijo:

-Señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que de [todo] en todo la quitan; porque la valentía que se entra en la jurisdicción de la temeridad

más tiene de locura que de fortaleza. Cuanto más que estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan: van presentados a Su Majestad, y no será bien detenerlos ni impedirles su viaje.

-Váyase vuesa merced, señor hidalgo -respondió don Quijote-, a entender con su perdigón manso y con su hurón atrevido, y deje a cada uno hacer su oficio. Este es el mío, y yo sé si vienen a mí, o no, estos señores leones.

Y volviéndose al leonero, le dijo:

-Voto a tal, don bellaco, que si no abris luego las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro!

El carretero, que vio la determinación de aquella armada fantasía, le dijo:

-Señor mío, vuesa merced sea servido, por caridad, dejarme desuncir las mulas y ponerme en salvo con ellas antes que se desenvainen los leones, porque si me las matan. quedaré rematado para toda la vida; que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas.

-Oh hombre de poca fe! -respondió don Quijote-. Apéate, y desunce, y haz lo que quisieres; que presto verás que trabajaste en vano y que pudieras ahorrar desta diligencia.

Apeose el carretero y desunció a gran priesa, y el leonero dijo a grandes voces:

-Séanme testigos cuantos aquí están cómo contra mi voluntad y forzado abro las jaulas y suelto los leones, y de que protesto a este señor que todo el mal y daño que estas bestias hicieren corra y vaya por su cuenta, con más mis salarios y derechos. Vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro antes que abra; que yo seguro estoy que no me han de hacer daño.

Otra vez le persuadió el hidalgo que no hiciese locura semejante; que era tentar a Dios acometer tal disparate. A lo él sabía lo que hacía. Respondióle el hidalgo que lo mirase bien; que él entendía que se engañaba.

-Ahora, señor -replicó don Quijote-, si vuesa merced no quiere ser oyente desta que a su parecer ha de ser tragedia, pique la tordilla y póngase en salvo. Oído lo cual por Sancho, con lágrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal empresa, en cuya comparación habían sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento y la temerosa de los batanes ,y, finalmente, todas las hazañas que había acometido en todo el discurso de su vida.

-Mire, señor -decía Sancho-, que aquí no hay encanto ni cosa que lo valga; que yo he visto por entre las verjas y resquicios de la jaula una uña de león verdadero, y saco por ella que el tal león cuya debe de ser la tal uña es mayor que una montaña.

-El miedo, a lo menos -respondió don Quijote-, te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retírate, Sancho, y déjame; y si aquí muriere, ya sabes nuestro antiguo concierto: acudirás a Dulcinea, y no te digo más».

Fallidos los intentos de convencerle de su locura, el Caballero del Verde Galán, Sancho y el arriero se apresuraron en alejarse del lugar. También el leonero fracasa en su intento de hacerle desistir de su atrevimiento. Entre tanto Don Quijote hace cábalas entre si la lucha deberá hacerla a caballo o enfrentándose a pié. Finalmente, temiendo que Rocinante pudiera espantarse de los leones,

... «Saltó del caballo, arrojó la lanza y embrazó el escudo, y desenvainando la espada, paso ante paso, con maravilloso desnudo y corazón valiente, se fue a poner delante del carro encomendándose a Dios de todo corazón, y luego a su señora Dulcinea. Yes de saber que, llegando a este paso el autor de esta verdadera historia, exclama y dice:

Oh fuerte y sobre todo encarecimiento animoso don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo don Manuel de León, que fue gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, o con qué razones la encarecerlos, haré creíble a los siglos venideros, o qué alabanzas habrá que no te convenzan y cuadren, aunque sean hipérboles sobre todos los hipérboles? Tú a pie, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sola una espada, y no de las del perillo cortadoras, con un escudo no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos más fieros leones que jamás criaron las africanas selvas. Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso manchego; que y o los dejo aquí en su punto, por faltarme palabras con que encarecerlos».

Aquí cesó la referida exclamación del autor, y pasó adelante, anudando el hilo de la historia, diciendo que, visto el leonero ya puesto en postura a don Quijote, y que no podía dejar de soltar al león macho, so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par La primera jaula, donde estaba, como se ha

dicho, el león, el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fue revolverse en la jaula, donde venía echado, y tender la garra, y desperezarse todo; abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro; hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula y miró a todas partes con lo ojos hechos brasas, vista y ademán para poner espanto a la misma temeridad. Sólo don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él a las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo de su jamás vista locura. Pero el generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, después de haber mirado a una y otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes a don Quijote, y con gran flema y remanso, se volvió a echar en la jaula; viendo lo cual don Quijote, mandó al leonero que le diese de palos y le irritase para echarle fuera.

«Eso no haré yo -respondió el leonero-; porque si yo le instigo, el primero a quien hará pedazos será a mí mismo. Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna. El león tiene abierta la puerta: en su mano está salir, o no salir; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el día. La grandeza del corazón de vuesa merced ya está bien declarada: ningún bravo peleante, según a mí se me alcanza, está obligado a más que a desafiar a su enemigo y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento.

-Así es verdad -respondió don Quijote-; cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio en la mejor forma que pudieres lo que aquí me has visto hacer; conviene a saber: cómo tú abriste al león, yo le esperé, él no salió, volvíle a esperar, volvió a no salir, y volvióse a acostar. No debo más, y encantos afuera, y Dios ayude a la razón y a la verdad, y a la verdadera caballería, y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas a los huidos y ausentes, para que sepan de tu boca esta hazaña.

Hízolo así el leonero, y don Quijote, poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se había limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó a llamar a los que no dejaban de huir ni de volver la cabeza a cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho a ver la señal del blanco paño, dijo:

-Que me maten si mi señor no ha vencido a las fieras bestias, pues nos llama.

Detuviéronse todos, y conocieron que el que hacía las señas era don Quijote; y perdiendo alguna parte del miedo, poco a poco se vinieron acercando hasta donde claramente oyeron las voces de don Quijote, que los llamaba. Finalmente, volvieron al carro, y en llegando, dijo don Quijote al carretero:

-Volved, hermano a uncir vuestras mulas a proseguir vuestro viaje; y tú Sancho, dale os escudos de oro, para él y para el leonero. Recompensa deo que por mí se han detenido.

-Esos daré yo de muy buena gana -respondió Sancho-; pero ¿qué se han hecho los leones? ¿Son muertos, o vivos?

Entonces el leonero, menudamente y por sus pausas, contó el fin de la contienda, exagerando como él mejor pudo y supo el valor de don Quijote, de cuya vista el león acobardado no quiso ni osó salir de la jaula, puesto que había tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula; y que por haber él dicho a aquel caballero que era tentar a Dios irritar al león para que por fuerza saliese, como él quería que se irritase, mal de su grado y contra toda voluntad había permitido que la puerta se cerrase.

-Qué te parece desto, Sancho? -dijo don Quijote-. ¿Hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantados quitarme la ventura; pero el esfuerzo y de ánimo, será imposible.

Dio los escudos Sancho, unció el carretero. besó las manos el leonero a don Quijote por la merced recibida, y prometióle de contar aquella valerosa hazaña al mismo rey, cuando en la corte se viese.

Pues si acaso Su Majestad preguntare quién la hizo, diréisle que *el Caballero de los Leones*; que de aquí adelante quiero que ea éste se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido de *el Caballero de la Triste Figura*; y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querían, o cuando les venía a cuento»...

... Siguió su camino el carro. Don Quijote. Sancho y el del Verde Gabán, prosiguieron el suyo...

La lealtad

La justificación de la picaresca en la literatura castellana podría estar motivada para algunos por el empobrecimiento de España en el siglo XVI, al coincidir una serie de circunstancias – emigración hacia América de conquistadores y colonos, participación en guerras, etc.- que determinarían una tendencia a la holgazanería y por ende a la picaresca, de la que se dará cumplida cuenta en los testimonios literarios de la época.

Muchas teorías se debaten en el intento de justificar el origen de la palabra «pícaro». Para algunos la palabra derivaría de «picar» y en apoyo de esta opinión se utiliza el haber sido llamado «pícaro de cocina» a los «pinches». Mayor aceptación tendrá la que supone el origen en una realidad geográfica famosa por los hechos de armas que allí acontecen en la época -Picardía y Flandes-y posiblemente utilizada para designar la forma de vida de los soldados de fortuna o incluso la emigración hacia España de gentes pobres procedentes de aquella región.

En cualquier caso el pícaro se hará famoso por la contribución que la novela le brinda.

Si la razón principal de esta pequeña aportación era la conmemoración de «El Quijote», no podíamos dejar en el olvido una de las obras cumbres del género, fruto de la pluma de Cervantes y que, junto con *La Ilustre fregona*, *Rinconete y Cortadillo* y *El Casamiento engañoso*, constituyen el núcleo fundamental de sus *Novelas Ejemplares* y además nos permite contar en este caso con los **perros** como protagonistas.

Por boca de «Berganza» y «Cipión» en el citado **Coloquio**, Cervantes expone, entre la fantasía y la sátira, una visión moralista de la vida.

Los protagonistas de este coloquio, perciben que algo no natural les ha ocurrido al comprobar que no sólo pueden hablar, sino además oírse y razonar. Ante tan insólita situación deciden alejarse del Hospital, cuya guarda les está encomendada, y solazarse con una interesante charla de amigos.

Por las alusiones que en dicho coloquio se hacen a motivos y situaciones muy relacionados con el ámbito Veterinario, hemos seleccionado unos pasajes que, adornados por la prosa fácil de Cervantes, nos confirman su gran dominio y conocimiento de los más diversos ambientes de la época.

Comenzaría así:

... «BERGANZA.- Todo lo que dices, Cipión, entiendo y decirlo tú y entenderlo yo me causa nueva admiración y nueva maravilla. Bien es verdad que en el discurso de mi vida diversas y muchas veces he oído decir grandes prerrogativas nuestras; tanto, que parece que algunos han querido sentir que tenemos un natural distinto, tan vivo y tan agudo en muchas cosas, que da indicios y señales de faltar poco para mostrar que tenemos un no sé qué de entendimiento capaz de discurso.

CIPIÓN.- Lo que yo he oído alabar y encarecer es nuestra mucha memoria, el agradecimiento y gran fidelidad nuestra, tanto, que nos suelen pintar por símbolo de la amistad; y así, habrás visto –si has mirado en ello- que en las sepulturas de alabastro donde suelen estar las figuras de perro, en señal que se guardaron en la vida amistad y fidelidad inviolable.

BERGANZA.- Bien sé que ha habido perros tan agradecidos que se han arrojado con los cuerpos difuntos de sus amos en la misma sepulturas. Otros han estado sobre las sepulturas donde estaban enterradas sus señores, sin apartarse dellas, sin comer, hasta que se les acababa la vida. Sé también que, después del elefante, el perro tiene el primer lugar de parecer que tiene entendimiento; luego, el caballo, y el último la jimía.

CIPIÓN.- Así es; pero bien confesarás que ni has visto ni oído decir jamás que haya hablado ningún elefante, perro, caballo o mona; por donde me doy a entender que este nuestro hablar tan de improviso cae debajo del número aquellas cosas que llaman portentos, las cuales, cuando se muestran y parecen, tiene averiguado la experiencia que alguna calamidad grande amenaza a las gentes.

BERGANZA.- Desa manera no haré yo mucho en tener por señal portentosa lo que oí decir los días pasados a un estudiante, pasando por Alcalá de Henares.

CIPIÓN.- ¿Qué le oíste decir?.

BERGANZA.- Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la Universidad, dos mil oían Medicina.

CIPIÓN.- Pues ¿Qué vienes a inferir deseo?

BERGANZA.- Infiero, o que estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar-que sería harta plaga y mala ventura-, o ellos se han de morir de hambre.

CIPIÓN.- Pero sea lo que fuere, nosotros hablamos, sea portento o no; que lo que el Cielo tiene ordenado que suceda no hay diligencia ni sabiduría humana lo que pueda prevenir; y así, no hay para que ponernos a disputar nosotros cómo o por qué, hablamos; mejor será que este buen día, o buena noche, la metamos en nuestra casa, y pues la tenemos tan buena en estas esteras y no sabemos cuánto durará esta nuestra ventura, sepamos aprovecharnos della y hablemos toda esta noche sin dar lugar al sueño que nos impida este gusto, de mi por largo tiempo deseado.

BERGANZA.- Y aún de mí, que desde que tuve fuerzas para roer un solo tuve deseo de hablar, para decir cosas que depositaba en la memoria y allí, de antiguas y muchas, o se enmohecían o se me olvidaban. Empero ahora, que tan sin pensarlo me veo enriquecido deste divino don de la habla, pienso gozarle y aprovecharme dél lo más que pudiere, dándome prisa a decir todo aquello, que se me acordaré, aunque sea atropellada y confusamente, porque no sé cuándo me volverán a pedir este bien que por prestado tengo.

CIPIÓN.- Sea esta la manera, Berganza amigo: que esta noche me cuentes tu vida y los trances por donde has venido al punto en que ahora te hallas, y si mañana en la noche estuviéremos con habla, yo te contaré la mía; porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias que en procurar saber las ajenas.

BERGANZA.- Siempre, Cipión, te he tenido por discreto y por amigo, y ahora más que nunca, pues como amigo quieres decirme tus sucesos y saber los míos, y como discreto has repartido el tiempo donde podamos manifestallos. Pero advierte primero si nos oye alguno.

CIPIÓN.- Ninguno a lo que creo, puesto que aquí cerca está un soldado tomando sudores; pero en esta sazón más estará para dormir que para ponerse a escuchar nadie.

BERGANZA.- Pues si puede hablar con ese seguro, escucha; y si te cansare lo que te fuere diciendo, o me reprehende o manda que calle.

CIPIÓN.- Habla hasta que amanezca, o hasta que seamos sentidos; que yo te escucharé de muy buena gana, sin impedirte sino cuando viere ser necesario.

BERGANZA.- Paréceme que la primera vez que vi el sol fue en Sevilla, y en su Matadero, que está fuera de la Puerta de la Carne; por donde imaginara- si no fuera por lo que después te diré- que mis padres debieran de ser alanos de aquellos que crían los ministros de aquella confusión, a quien llaman jiferos. El primero conocí por amo fue uno llamado Nicolás el Romo, mozo robusto, doblado y colérico, como lo son todos aquellos que ejercitan la jifería; este tal Nicolás me enseñaba a mí y otros cachorros a que, en compañía de alanos viejos, arremetiésemos a los toros y les hiciésemos presa de las orejas. Con mucha facilidad salí un águila en esto.

CIPIÓN.- No me maravillo, Berganza; que como el hacer mal viene de natural cosecha, fácilmente se aprende el hacerlo.

BERGANZA.- ¿Qué te diría, Cipión hermano, de lo que ví en aquel Matadero y de las cosas exorbitantes que en él pasan? Primero, has de presuponer que todos cuantos trabajan, desde el menor hasta el mayor, es gente ancha de conciencia, desalmada, sin temer al rey ni a su justicia; los más, amancebados; son aves de rapiña carniceras, mantienen ellos y sus amigas de lo que hurtan. Todas las mañanas que son día de carne, antes que amanezca, están en el Matadero gran cantidad de mujercillas y muchachos, todos con talegas, que, viniendo vacías, vuelven llenas de pedazos de carne, y las criadas con criadillas y lomos medio enteros. No hay res alguna que se mate de quien no lleve esta gente diezmos y primicias de lo más sabroso y bien parado; y como en Sevilla no hay obligado de la carne, cada uno puede traer la que quisiere, y la que primero se mata, o es la mejor, o la de más baja postura, y con este concierto hay siempre mucha abundancia. Los dueños se encomiendan a esta buena gente que he dicho, no para que no les hurten -que esto es imposible-, sino para que se moderen en las tajadas y socaliñas que hacen en las reses muertas, que las escamondan y podan como si fuesen sauces o parras.

Pero ninguna cosa me admiraba más ni me parecía peor que el ver que estos jiferos con la misma facilidad matan a un hombre que a una vaca; por quitame allá esa paja, a dos por tres, meten un cuchillo de cachas amarillas por la barriga de una persona, como si acocotasen un toro. Por maravilla se pasa día sin pendencias y sin heridas, y a veces sin muertos; todos se pican de valientes, y aun tienen sus puntas de rufianes; no hay ninguno que no tenga su ángel de guarda en la plaza de San Francisco, granjeado con lomos y lenguas de vaca. Finalmente oí decir a un hombre discreto que tres cosas tenía el Rey por ganar en Sevilla: la calle de la Caza, la Costancilla y el Matadero.

CIPIÓN.- Si en contar las condiciones de los amos que has tenido y las faltas de sus oficios te has de estar, amigo Berganza, tanto como esta vez, menester será pedir al Cielo nos conceda la habla siquiera por un año, y aun temo que, al paso que llevas, no llegarás a la mitad de tu historia. Y quiérote advertir una cosa, de la cual verás la experiencia cuando te cuente los sucesos de mi vida; y es que los cuentos unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos; otros, en el modo de contarlos; quiero decir que algunos hay que aunque se cuenten sin preámbulos y ornamentos de palabra, dan contento; otros hay que es menester vestirlos de palabras, y con demostraciones del rostro y de las manos y con mudar la voz se hacen algo de nonada, y de flojos y desmayados se vuelven agudos y gustosos; y no se te olvide este advertimiento, para aprovecharte dél en lo que te queda por decir.

BERGANZA.- Yo lo haré así, si pudiere y si me da lugar la grande tentación que tengo de hablar, aunque me parece que con grandísima dificultad me podré ir a la mano.

CIPIÓN.- Vete a la lengua, que en ellas consisten los mayores daños de la humana vida.

BERGANZA.- Digo, pues, que mi amo me enseñó a llevar una espuerta en la boca y defenderla de quien quitármela quisiese; enseñóme también la casa de su amiga, y con esto se excuso la venida de su criada al Matadero; porque yo le llevaba las madrugadas lo que él había hurtado las noches. Y un día que, entre dos luces iba yo diligente a llevarle la porción, oí que me llamaban por mi hombre desde una ventana; alcé los ojos y vi una moza en hermosa en extremo; detúveme un poco, y ella bajó a la puerta de la calle, y me tornó a llamar; llegúeme a ella, como si fuera a ver lo que me quería, que no fue otra cosa que quitarme lo que llevaba en la cesa y

ponerme en su lugar un chapín viejo. Entonces dije entre mi: «la carne se ha ido a la carne. Díjome la moza en habiéndome quitado la carne: Andad, Gavilán, o como os llamáis, y decid a Nicolás el Romo, vuestro amo que no se fíe de animales y que del lobo, un pelo; y ese, de la espuerta. Bien pudiera yo volver a quitar lo que me quitó; pero no quise, por no poner mi boca jifera y sucia en aquellas manos limpias y blancas.

CIPIÓN.- Hiciste muy bien, por ser prerrogativa de la hermosura que siempre se la tengo respeto.

BERGANZA.- Así lo hice yo; y así me volví a mi amo, sin la porción y con el chapín. Parecióle que volví presto, vio el chapín, imaginó la burla, sacó uno de cachas y tiróme una puñalada que, a no desviarme, nunca tú oyerás ahora este cuento, ni aun otros muchos que pienso contarte. Puse pies en polvorosa, y tomando el camino en las manos y en los pies por detrás de San Bernardo, me fui por aquellos campos de Dios a donde la fortuna quisiese llevarme. Aquella noche dormí al cielo abierto, y otro día me deparó la suerte un ható o rebaño de ovejas y carneros. Así como le ví, creí que habia hallado en él el centro de mi reposo, pareciéndome ser propio y natural oficio de los perros guardar ganado, que es obra donde se enciera una virtud grande, como es amparar y defender de los poderosos y soberbios los humildes y los que poco pueden. Apenas me hubo visto uno de tres pastores que el ganado guardaban, cuando diciendo: ¡To, to!, me llamó, y yo, que otra cosa no deseaba, me llegué a él bajando la cabeza y meneando la cola. Trújome la mano por el lomo, abrióme la boca, escupióme en ella, miróme las presas, conoció mi edad y dijo a otros pastores que yo tenía todas las señales de ser perro de casta. Llegó a este instante el señor del ganado sobre una yegua rucia a la jineta, con lanza y adarga, que más parecía atajador de las costa que señor de ganado. Preguntó al pastor ¿Qué perro es este, que tiene señales de ser bueno? Bien lo puede vuesa merced respondió el pastor que yo le he cotejado bien y no hay señal en él que no muestre y prometa que ha de ser un gran perro. Agora se llegó aquí, y no sé cómo sea, aunque sé que no es de los rebaños de la ronda.

Pues así es respondió el señor, ponle luego el collar de Leoncillo, el perro que se murió, y denle la ración que a los demás, y acarícialo porque tome cariño al ható y se quede en él. En diciendo esto se fue, y el pastor me puso luego al cuello unas carlancas llenas de puntas de acero, habiéndome dado primero un

dornajo gran cantidad de sopas en leche. Y así mismo me puso nombre, y me llamó Barcino. Vime harto y contento con el segundo amo y con el nuevo oficio; mostréme solícito y diligente en la guarda del rebaño, sin apartarme dél sino las siestas, que me iba a pasarlas, o ya a la sombra de algún árbol, o de algún ribazo o peña, o a la de alguna mata, a la margen de algún arroyo de los muchos que por allí corrían. Y estas horas de mi sosiego no las pasaba ociosas, porque en ellas ocupaba la memoria en acordarme de muchas cosas, especialmente en la vida que había tenido en el Matadero y en la que tenía mi amo y todos los como él, que están sujetos a cumplir los gustos impertinentes de sus amigas. ¡Oh qué de cosas te pudiera decir ahora de las que aprendí en la escuela de aquella jifera dama de mi amo! Pero habrélas de callar, porque no me tengas por largo y por murmurador.» ...

Como epílogo

Llegados a este punto sólo se me ocurre, además de dar las gracias al sufrido lector, preguntarme si la finalidad perseguida -recordar la figura de D. Miguel de Cervantes- se habrá cumplido.

Si con esta modesta aportación, al recuperar algunos episodios de su ingente producción literaria y fundamentalmente de su obra cumbre « El Quijote», y con la colaboración de vuestra benevolencia, he conseguido activar el deseo de su relectura, habré culminado con éxito una pequeña aventura, nacida en el insomnio de alguna desventura.

Diciembre del 2005

Bibliografía:

- El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Miguel de Cervantes Saavedra Editorial Alfredo Ortells, 1992. VALENCIA(España).
- Sergas de Esplandián. Garcí Rodríguez de Montalvo. Edición de Carlos Sainz de la Maza. Clásicos Castalia. 2003. MADRID(España).
- El cantar del Mio Cid. Menéndez Pidal, Ramón. Colección Austral. Espasa Calpe, S.A. 1985. MADRID (España)
- Amadís de Gaula. Editorial Castalia. Mostoles. 1987. (Madrid) Versión de Angel Rosemblat.
- El coloquio de los perros. La Novela picaresca española. Editorial Aguilar. Madrid. Selección, prólogos y notas de Angel Valbuena Prat.